

Algunos topónimos de Turón y Urbiés.

Julio Concepción Suárez.

0. DOS NOMBRES PRERROMANOS.

1.1 EL NOMBRE DE TURÓN.

El nombre de Turón, como tantas otras palabras toponímicas, está extendido por otras geografías más allá de estos valle asturianos: Turón en Málaga, en La Serranía de Cintas, estribaciones de Sierra Nevada; el Río Turón, en la misma provincia malagueña, más al O., que nace en La Serranía de Ronda; Turón en Granada; El Pico Turón, 650 m. sobre Ciudad Real; el Río Turones, entre Ciudad Rodrigo y Portugal.

Por otra parte, los abundantes Turó en toda la zona catalana son siempre picos más o menos altos: Turó de les Rovires, en Cardona, unos 600 m.; Turó de Pi Novell, en Granollers, 1274 m. y Turó de Séllecs (534 m); en Lloret de Mar, Turó de Borrasà (339 m.), Turó de Vilar (269 m), Turó de Rossell (215 m), en Villafranca del Penedés, Turó de Montcau (863 m), en Santa Coloma de Gramenet, Turó de Galceran (477), en Sant Cugat de Vallès, Turó d'en Segarra (329 m)...

Y otros muchos lugares semejantes esparcidos por todo el noreste pensinsular de habla catalana: Turó de la Peira, Turó de la Rovira, Turó de les Canals, Turó de les Deveses, Turó de l'Home, Turó Rosell, Turó Gall, Turó del Fanxó, Turó de Montcada..., todos ellos picos de altitud variable, que en la mayoría de los casos no llega a los 1000 m.

El léxico catalán es muy claro en este caso: turó es toda elevación del terreno más o menos pendiente', y 'cumbre de la montaña con una forma más o menos cónica'; y en general, 'montículo, elevación del terreno'. En gascón, turón es 'montículo', 'cima aplastada de la cumbre'.

El léxico asturiano con la base **tur** es igualmente abundante en este campo: tueru ('tallo pequeño que sobresale de la tierra después de cortar una planta'), turutsu ('saliente'), turia ('talud grande'), turullu ('bulto'), etc. etc.

El léxico francés tiene las palabras touron ('turrón'), y touroun, con el sentido de 'altura más o menos redondeada y aislada'. En las regiones pirenaicas francesas, turón

es 'cerro, colina, pequeña altura, montículo'. De ahí los topónimos franceses del tipo Tourons, Turon de Meymon, Turon de Sanjo, Turoùn, Tor, Tur, Tours..., que autores como Rostaing interpretan a partir de un posible preindoeuropeo ***tor**, con el sentido de 'altura más o menos alargada', voz que perdura en el provenzal **tor** 'cerro, prominencia del terreno'; o de una base prelatina del tipo ***taur**, que dio el francés turel 'colina', y el pirenaico turon 'montaña redondeada'; de donde topónimos como Ture, Turet, Turounet, Turon..., según el mismo autor. Ya en francés antiguo, torón, tureau, turel, designaban 'colina, saliente del terreno'.

En conclusión, de todas estas coincidencias en las distintas regiones catalanas, francesas, asturianas, lo mismo que en otras gallegas y portuguesas, habría que pensar con Aebischer¹ en una posible base común ***taur**, celta o precelta, que daría origen al mismo latín **taurus** > **torus**, primero con el sentido orográfico de 'elevación del terreno'; y luego con otros sentidos figurados, adquiridos más tarde. Así se explicarían tantas coincidencias en regiones dispares, ya desde antes del latín. El mismo Menéndez Pidal resume que entre los nombres topográficos para designar una 'elevación del terreno aislada y de menor altura que el monte', está la voz común turó, presente en el Turón de Asturias y de Granada, y en el Torón de La Coruña.

En el caso del *valle de Turón*, la explicación hay que buscarla una vez más en el monte, en la altura, más allá del valle y de los pueblos actuales. Efectivamente, fuera en época romana o prerromana, los pobladores no habitaban el valle, cubierto de bosque, ríos, matorrales, peligros...; preferían, más bien, las alturas medias o elevadas, más libres, soleadas y prestas a la vigilancia de hombres y ganados en el campo abierto. El valle de Turón estaba, sin duda, hace dos, cuatro mil años, completamente deshabitado en el sentido actual.

El nombre, una vez más, fluye del río: el río Turón sí nace en la altura, en una zona en torno a los 600 metros, como corresponde al léxico observado en las regiones catalanas, pirenaicas y francesas; se trata, pues, de una altura media sin llegar al monte alto. El río es el que dio nombre a todo el valle de Turón, a las casas hoy, etc.

La teoría popular convence menos: el precioso (no por ello menos sanguinario) animal mustélido (el turón, furón en otras zonas) fue abundante en los valles asturianos en torno a ríos y regueros desde tiempos primitivos. Pero los datos de la palabra no cuadran: la voz turón, para designar al pequeño animal, no se registra, por lo menos,

¹Paul Aebischer. "Le catalán turó...", p. 193.

hasta el s. XI, importada -según parece- del portugués touro, 'toro', en razón de la furia que le caracteriza. A partir de entonces ya se cita en varios documentos.

Ahora bien, por esas fechas, el valle y el río de Turón llevaban no sólo varios siglos, sino probablemente varios milenios, con el nombre puesto. El topónimo no puede venir del animal turón, a no ser que se demostrara que en todos los demás lugares del campo toponímico, abundara el mismo animal.

1.2 EL NOMBRE DE URBIÉS.

El nombre de Urbiés parece también antiguo y está extendido por otras regiones más allá de estos valles. En la zona de Navarra y país vasco abundan Urbe, Urbilla, Urbarán, Urbiondo, ..., por una parte. Y por otra: Orbe, Orbea, Orbealde, Orbilla, Orbiondo, ... Puede haber, por tanto, dos bases en el origen del nombre:

- a) una raíz hidronímica: prerrom. **ur** 'agua'+ sufijo **-be** 'debajo de', que se correspondería bien con la situación de Urbiés situado justamente 'debajo del nacimiento de las aguas del río Turón'(visto desde el valle, claro está);
- b) una raíz oronímica: prerrom. **or** 'cumbre, eminencia del terreno'+ sufijo **-be** 'debajo de', que también coincidiría con la posición de Urbiés 'debajo de las cumbres más altas del valle de Turón'.

La palabra actual, Urbiés pudiera suponer además algún sufijo latino o latinizado del tipo **-es**, **-ense** 'perteneciente a...', que habita...', con cierre de la **-e** etimológica del lexema (**Urbe**+**és** > **Urbeés** > **Urbiés**); o pudiera haber pasado por algún antropónimo de propietario en genitivo (más difícil).

En cualquier caso, el origen prerromano de la voz parece claro, a juzgar por la toponimia de la misma base en la zona vasco-navarra²: esto supondría el citado poblamiento antiguo sobre el valle de Turón. Se trataría de un nombre bien descriptivo del terreno, posiblemente el mismo que dio origen de Urbel del Castillo (alto altozano en Burgos), Urbi (en Vizcaya), Urbicaín (en Navarra), Urbina (en Álava y Albacete), Urbiola (en Navarra), etc.

1.3 CONCLUSIONES de ambos topónimos:

²F. Barrenengoa Arberas. Onomástica..., pp. 277 y 343.

La *coincidencia de palabras asturianas y palabras navarras, vascas*, o de otras regiones, no es casual: bastaría pensar que tenemos unos Oscos en el occidente regional, que tienen mucho que ver con Huesca, en el oriente peninsular: ambas regiones tuvieron los mismos pobladores (los osco-umbros, de la zona meridional italiana).

La coincidencia de nombres como Urbiés, o Turón con otras regiones peninsulares o francesas, tiene parecida explicación: hubo unas primeras culturas traídas por pobladores comunes (prerromanos en este caso), que pasaron por aquellos lugares antes de llegar a estos valles asturianos. La dificultad está en que aquellos primeros pobladores o dejaron escasos nombres, o los romanos se encargaron de borrar los pocos que dejaron, para imponer los suyos con una cultura más fuerte.

1 LAS PLANTAS (*Fitonimia*).

Un aspecto interesante en la *reflexión diaria* de cada uno (dentro o fuera de las aulas) es el estudio de la vida de un valle, unos pueblos, una villa, en el entorno de cada concejo: esas plantas mayores y menores que recubren el suelo desde la orilla del río hasta las peñas más altas sobre los mayaos de los puertos y las brañas. Se empieza a descubrir, entonces, *por qué abundan determinadas plantas en unos terrenos que están totalmente ausentes en otros; qué efectos tienen sobre el paisaje; qué funciones desempeñan para los habitantes de la zona; qué equilibrio o desequilibrio produce su abundancia sobre otras especies vecinas; por qué en algunas ocasiones ya no quedan robles en un lugar llamado Robleo, ni felechos en La Felguera, y pocas o ninguna figar, ya, en Figaredo.*

La *reflexión sobre los nombres de lugar* con palabras vegetales lleva a una conclusión primera: el hombre valoró las plantas desde tiempos muy remotos (en algunos países como Bretaña, hay lugares con *nombres botánicos prerromanos*). a) En unos casos, se les rendía *culto*, como a la encina, al espino, al roble, pues en ellos se veían fuerzas divinas y cualidades mitológicas; b) en otros, apreciaban sus *frutos*, o sentían sus *propiedades curativas*; c) con otros, finalmente, fabricaban los variados *utensilios* que la madera de cada árbol le proporcionaba para ello: chozas, vasos, jarras, aperios de labranza, etc. Cada yerba, arbusto, frutal, bosque de madera..., podía solucionar un aspecto de la vida entonces, hoy sustituido por el plástico, los alimentos artificiales, los productos de farmacia o el cemento. Por eso, las plantas dieron tantos nombres de lugar.

1.1 LOS FRUTOS SECOS: Ablaneo, La Vega Ablaneo, La Faucosa, La Fabariega, Castañir, La Valli Nozal,

En el orden de las necesidades y los tiempos, tal vez fueran los frutos secos los alimentos imprescindibles para sobrevivir el invierno tan sólo un par de milenios atrás (no digamos, unos cuantos otros antes): sin nevera, sin invernaderos, sin abonos artificiales, sin conservantes, sin transporte por carretera, sin supermercados El Árbol, ni El Hiper, ni El Micro, ni El Campo..., los primeros pobladores de estos valles tendrían que cavilar mucho para comer cada mañana; y sólo podían asegurarse la

pervivencia hasta los primeros retoños de la primavera, si eran capaces de almacenar suficientes frutos secos en el otoño, que no se pudrieran en el invierno: ablanas, nueces, castañas, bellotas, fayucu o fabucu, sobre todo.

Todavía hoy podemos observar el sistema inteligente que tienen *las ardillas, los esquiles, los roedores de campo...*, para almacenar en las cavernas de las castaños, entre muchas hojas y erizos, montones de estos frutos; de ellos echan mano en las sucesivas nevadas que vengan detrás. Y baste observar, sin ir más lejos, que las bellotas y las castañas se encuentran en cualquier castaño por mayor arriba, perfectamente conservadas entre las hojas del suelo, después de las nevadas del invierno: se conservan solas, y de ellas viven los xabalinos, cuando se agota el monte en los cordales más altos.

Los topónimos de este campo fueron surgiendo, entonces, como necesidad práctica de aquellos primeros astures, para *señalar sobre el suelo las zonas específicas* a las que tenían que acudir cada otoño a recoger los frutos necesarios para el invierno: Castañir, Ablaneo, Yan del Nozal, La Nozalera, La Faucosa...

1.2 LAS FRUTAS VERDES: La Cerecina, La Cerezal (Mieres), La Valle la Cerezal (Urbiés), Figaredo, Los Figares (Santa Cruz), El Pomar, El Cutsu Pumar, La Llana'l Pomar, La Peruyal, El Llenu la Peral (Urbiés).

La mayor abundancia de parajes con nombres vegetales se corresponde paralelamente con la mayor presencia y variedad de frutas para los otros meses del año (la fruta del mes, que no del día, dirían aquellos primeros astures): desde mayo en adelante, ya apicalban las cerezas, las peras de San Juan, las peruyas, los figos, las moras, las manzanas, los piescos, los nisos ... Y, así, hay toda una gama escalonada de frutas que se van sucediendo la mayor parte del año.

En otras regiones se da la misma variedad de topónimos: en la vecina Galicia abundan los Ameixeira (especie de nisos), Cereixal, Cereceira, Figueira, Figueiriña, Limoeiros, Maceiras, Maceiriñas, Neixal, Nespereiros, Pereiras, Pumariño, As Viñas...

Y las frutas del tiempo (del mes, de la temporada) debieron ser alimento rebuscado entre los prerromanos, a pesar de que en Asturias no queden, así a simple vista, topónimos prelatinos que las atestigüen. En el NO francés, en cambio, quedan lugares derivados del galo **aballo** 'manzano', que dio en bretón moderno **aval**, de la misma raíz indoeuropea que el inglés **appel**, o el alemán **apfel**, 'manzana' en ambos casos. Más aún, el mismo latín conservaba un término dialectal con esta base para designar el manzano; y la prueba es evidente: el mismo Virgilio interpreta la ciudad de

Abella (en Campania) como 'lugar de manzanos', que nada tiene que ver con la otra raíz más corriente de **pomarius**, **mala mattiana**, etc.

De aquí se formaron topónimos bretones y franceses como Avallon, Availles, Havelu, Avalen, L'Avallac, Avaleuc, L'Avallot, Kernalval, Kernalvalot, Kerval, etc. etc. Ello indicaría que, con varios siglos de anterioridad a la llegada de las palabras latinas, los nativos, en países bien separados, ya designaban el terreno con el nombre de las frutas que recogían por temporadas (en este caso las manzanas silvestres claro está).

El caso de las peras en toponimia revela algún dato más: el bretón **per**, 'pera', coincidiendo, pero remontando en el tiempo al latín de la misma base **pira**, dejó topónimos como Piriac, Perenn, Perennou, Piruit, La Pironnière, Boper, Boperec, etc. En Cambio para las peras más silvestres, pequeñas y duras, el mismo bretón usaba el término **kalper** (***kal** 'duro' + **per** 'pera'), y **kosper** (**kos** 'malo' + **per** 'pera'). De ahí los topónimos que designaban los lugares de las peruyas entre nosotros: Botcalper, Kergalper, Calperic, Calperin, Calperit, Cosper, Goperec, etc. etc.

La misma referencia a las manzanas, y la misma distinción que dejaron los galos en la toponimia bretona *entre las peras grandes y las pequeñas (más duras y ruinas)*, quedó en algunos pueblos de montaña, aunque con topónimos escasos: son los **carápanos**, **carámpanos**, **carapuxos**... (esas peras pequeñas y redondas, que nacen apiñadas en racimos de 3-4..., muy amargas en verde, pero de buen comer una vez maduras, ya por la seronda arriba). Tendremos que pensar, en consecuencia, que las frutas en zonas de montaña sí se aprovecharon desde antiguo en nuestros montes, aunque los romanos borrarán muchos nombres y lugares de la cultura anterior.

1.3 LAS PLANTAS MEDICINALES: Grameo (Santa Cruz), Ortigales.

Las plantas medicinales pronto habrían de hacer brotar también los nombres: en épocas más o menos remotas, *sin más farmacia que la del monte y las yerbas (y sin más enfermeras que la abuela de la tribu)*, ortigas, malvas, flor del espino, rúa, flor del acebo, xistra, grama..., supondrían toda la carta a elegir para intentar curarse los diferentes grados de dolencias (infecciones, fiebres, congestiones, nervios...). Sirvieran o no, habría que creer en ellas, y *cada otoño tener bien señalados los lugares del monte* con un nombre inequívoco que permitiera recoger la planta en su flor, de modo que surtiera efecto. Como se ve, paradójicamente, la tecnología más moderna tampoco convence demasiado, y los fitoterapeutas y ecologistas más ortodoxos vuelven el pensamiento a esta imprescindible fuente de salud: las plantas.

Los nombres se multiplican de valle en valle: Flor 'Acebos, Malveo, La Malvea, Teyeo, Espineo, La Rúa, Les Conxistres, Grameo...; o los abundantes lugares en todas las regiones señalados con el nombre de las ortigas (Ortigueira, Ortogosa, El Ortigal...).

1.4 LOS ÁRBOLES: El Regueru l'Abeduriu, L'Acebal, El Bosque, El Carrascal, Pino Casquero, El Cavornal, El Cavurnu, La Espesura (San Martín R.A.), Espines, Los Espinos, La Faya, La Fayona, La Fresna Sueira, Fresneo, Llorero, La Valle Maíru, La Mata, Les Matiellas, La Mosteyal, El Rebochal, La Vega'l Sabucal (Urbiés), La Selva, La Llana'l Xabú (Urbiés), El Tixú y La Valle'l Tixú (Urbiés), El Cavoxal, El Monte Tsorero,

En una sociedad rural hace tan sólo unas décadas atrás (no digamos varios siglos), los árboles, además de los frutos que daban, suponían la materia prima para casi todo: vivienda, cabañas, madreñas, arados, hórreos, rudimentarios medios de transporte, leña para el fuego..., y un largo etc.

En algunos casos, al árbol se le atribuyen propiedades míticas, mágicas, curativas o religiosas, caso del espino, el xabú, el texu, el laurel, el acebo...; y en otros, se da un intermedio entre la realidad y la magia, caso del fresnu, que no suele faltar delante de los establos y cuadras de animales en todas las caserías de montaña; la costumbre es, sin duda, antigua, pues lo mismo se dice que tiene la función de atraer los rayos de forma que no caigan sobre los animales, que se utiliza como fuente de alimentación, cortando las ramas verdes para el ganado en los otoños de mayor escasez. Los árboles siempre fueron necesarios.

1.5 LOS ARBUSTOS: La Blimal (Urbiés), La Blimera (Turón), La Brimal, L'Arteal, L'Artusu, La Mata Hedraos, El Escobal,

El caso de los arbustos es semejante, aunque aplicado a funciones más específicas: con las blimas, por ej., se hacían todo tipo de *cestos*, *tejidos de varas para los cebatos y paredes*, *sillas*, *aperos del campo*, etc. Los artos, hoy despreciados y erradicados de las fincas, fueron hace siglos muy cuidados, pues facilitaban una comida entonces rebuscada a falta de otra mejor: las moras, *que alimentaban en el monte desde los meses del verano hasta la llegada del invierno*. Con moras se hacían postres, confituras, o -recuerdan algunas abuelas- la misma comida diaria principal.

1.6 LOS CULTIVOS: Linares, Las Tsinariegas, Misiegos, Los Payegos, Ordaliego, L'Ordaliegu, La Viña (Cenera), Las Viñas (Ujo), La Ceposa, La Pibidal, Villa Vazal (de la veza o arveya, con asimilación de la -e- a las de **Villa** y **-zal**),

El vestido suponía otro problema años atrás, antes de la llegada del plástico, el nylon, los poliamidas, etc. Por esto el lino (el tsinu) junto con la lana (la tsana) de las

ovejas era una planta muy cultivada en la mayoría de los pueblos. Pocos valles carecen de Linares, Tsinates, Tsinariegas, La Tierra'l Lino..., Las Llinares, Val de la Linar, según las zonas asturianas.

Algo parecido ocurría con *el vino y las uvas*, antes de la importación más cómoda desde tierras castellanas, gallegas, riojanas, francesas... No obstante, viñas había menos porque el clima y el suelo húmedo de estas montañas impedía sembrar parras en cualquier ladera. No obstante, pocos son los concejos que no registran hoy algún topónimo aislado en cualquier rincón un poco más solejero y adecuado a las viñas: Val de las Viñas, la Vincietsa, Las Viñugas, Viña mayor..., nombres inconfundibles en todo caso.

2 LOS ANIMALES (*Zoonimia*): La Guariza, El Puchiscal, Les Porqueres, Les Melendreras, Meloneras (Mieres), La Zorera (Ciaño), Aguilar, Armiello, Grillero, El Curuxón, Per Vaca, La Formiguera, El Mosquil, Cotsá Melón, Cotsá Tsoberes, El Monte'l Puzu, La Pena'l Cuirvu,

A juzgar por los nombres, había bastantes más animales también ayer que hoy: es evidente que no tuvieron la importancia de las plantas y los cultivos en la vida diaria de nuestros antepasados, pero hubieron de tener mayor estima que en época actual. El sistema ecológico animal tiempos atrás debió estar bastante representado, pues en cualquiera de nuestros pueblos de montaña se puede reconstruir todavía un mosaico de nombres en el que están representados los animales imprescindibles.

Era el caso de los bueyes muy preciados para el transporte, el trabajo y la venta a gallegos y castellanos (de donde Las Guarizas); era el caso de los xabalinos y los gochos caseros para el jamón, los chorizos y la grasa a falta de aceites más refinados (de donde Les Porqueres); los melones o melandros: esa especie de oseznos más pequeños que proporcionaban unas grasas especiales (el unto), usadas todavía hoy como analgésicos y antiinflamatorios en las torceduras de tobillos, golpes musculares y en los huesos, etc. (de donde Cotsá'l Melón, Les Melendreras, Meloneres...); o los azores, nuestros ferres, tan pagados por los nobles en el arte de la cetrería, y por los furtivos en la caza diaria de monte en monte (de donde La Zorera).

Sirva este ejemplo para recordar a ese animal hoy casi extinguido de nuestro entorno: el ferre, dañino para los gallineros de los corrales, pero muy valorado para la exportación a otras regiones. Hoy raramente otea o se detiene magestuosamente sobre valle observando la presa, pero dejó nombres por otras geografías más allá de estas montañas: Zorea (en Laviana), Zurea y El Zuríu (en Lena), Zorera (en Riosa), Zorerina (en Oviedo), Azorera (en Tineo), Azoreiras (en Castropol), Azor (en La Coruña), Azoreira (en Lugo), Azoreiros (en Orense y Pontevedra), Azores (en Córdoba), Azoreros (en Jaén), Azorejo (en Ciudad Real)...

- 3 LAS AGUAS (*Hidronimia*): La Bárcena, Agua l'Estro, Vega la Fonte (Mieres), La Fuente'l Llagartu (Urbiés), La Fuentona, La Güeria, El Lago, La Lavandera, El Llau, La Vega'l Lleu (Urbiés), El Regueru la Muela, El Reguiru l'Abeduriu (Urbiés), Ricueva, Río Turbio (Mieres), Entre Ríos, Vega la Fonte (Mieres), El Tsamarusu, Los Podrizos.

Es evidente que la vida en un valle como el de Turón no es posible si no corre un río, unas fuentes, unas zonas más húmedas que mantuvieran los pastos y los cultivos en las épocas más secas del verano arriba: sin agua no hay pastos, viviendas, arbolado mayor, animales del monte... Más aún, los nombres en torno al agua -lo mismo que en torno a las alturas- son los más antiguos, los primeros que el hombre puso al terreno en cuanto comenzó a utilizarlo. Por eso, en el caso de Urbiés, la citada raíz **ur-** ('agua' y 'altura') podía hacer referencia a las dos circunstancias que posee el pueblo sobre el valle, poco debajo del nacimiento del río Turón, justo bajo la misma cumbre que da a Laviana.

Esta antigüedad de los topónimos hidronímicos es evidente en el caso de El Tsamarusu, en realidad El Tsamargusu, derivado de tsamarga, tsama, y, en definitiva, de **lama**, voz prelatina suficientemente estudiada por Menéndez Pidal en toda la zona de antigua marca asturiana. Hoy tenemos en el uso rural la palabra chamarga, chamarguizo, chamargoso..., para designar una zona muy húmeda, lugar pantanoso durante todo el año, pues el agua surge del mismo suelo aunque haya una gran sequía.

- 4 EL TIEMPO ATMOSFÉRICO: La Braña, Braña de Oro (Mieres), Enverniego, Envernal y El Invernal (San Martín R A), Villa Fría, L'Amvernal (Mieres), Les Bories, El Picu'l Ventusu (Urbiés), Villa Fría, La Pena Frieres, Fuente Fría, Río Frío, El Siiru Caliente,

Es lógico pensar que el tiempo atmosférico condicionaba la vida en los pueblos y los montes, sin más recursos ni protecciones que los materiales del suelo y la benevolencia del cielo: no había plástico, bloques de cemento, uralitas, abonos químicos, tractores, empacadoras para la yerba en el verano... Los hombres y los ganados tenían que aprovechar los recursos espontáneos del entorno a medida que el clima se lo iba aconsejando y permitiendo.

De esta forma tan precaria y obligada, se fueron formando las brañas: los lugares de la **veranea**, 'el pasto de verano', al que subían los vaqueros en cuanto las nieves se retiraban por la primavera arriba, y se iban acabando los pastos del fondo del valle. Llegado otra vez el otoño y los rigores del invierno, comenzaba el camino de vuelta de los altos a los pueblos y los valles; así, surgían los topónimos inversos: El Invernal, Enverniego, L'Ambernal... Paralelamente, se designaron con los nombres oportunos

lugares que son más castigados por el frío, el calor, la niebla, el viento: Villa Fría, El Siirru Caliente, Les Bories, El Picu Ventusu...

5 BIBLIOGRAFÍA CITADA.

- 5.1 Aebischer, Paul. (1948) "Le catalán **turó** et les dérivés du mot prélatin ***taurus**". Bulletí de Dialectología Catalana. Gener-març (pp. 193-216). Barcelona.
- 5.2 Barrenegoa Arberas, F. (1990) Onomástica de la tierra de Ayala. 3. Evagraf. Vitoria-Gasteiz.

En Turón, primavera-94.

Para más información, ver
Diccionario toponímico de la montaña asturiana.
Julio Concepción Suárez